

El poema como comunicación con los ausentes

Aurora MATEO PUIG
Valencia

Es difícil en un tema silencioso como “el mundo de los muertos” hablar de comunicación, ya que ellos no están. Sin embargo, la temporalidad de la vida y del mundo ha sido un tema frecuentado en todas las épocas de la poesía y es sobre esto de lo que voy a hablar, pues el reino de la poesía es una sobrenaturaleza aunque no nos aparta de este mundo. Este es el verdadero misterio. Su objeto es deleitar y su característica es la belleza.

El acto de morir puede ocurrir en cualquier momento. Nos gusta a los vivos pensar que hay una correspondencia entre el modo en que vivimos y el modo en que morimos. Sin embargo, esta correspondencia no es cierta, queda siempre en una aspiración humana.

Una muerte digna es de agradecer, pero lo que importa es cómo se llega a ese acto final. Es el camino hasta este punto lo que cuenta. La dignidad que hemos otorgado a nuestra vida. Cada día de esta dignidad hemos conseguido la victoria. Dios quiere que *el hombre de bien* muera recibiendo el amor que Él mismo dio.

Siendo la muerte la cesación de la vida, el término de la vida, el cristiano espera el gran banquete, que no ha de celebrarse en la Tierra sino en el cielo. La vida no tiene otro final posible que *la muerte*, y si tienes suerte, antes de llegar a ella, *la vejez*.

La muerte es un *anticlímax*. Sólo en el nacimiento y en la muerte se sale uno del tiempo. La muerte nos iguala. Según *Quevedo*:

*Qué mudos pasos traes
oh muerte fría
pues con callado pie
todo lo igualas.*

*Vive para ti solo,
si pudieras;
pues sólo para ti,
Si mueres, mueres.*

El mundo de los difuntos: culto, cofradías y tradiciones,
San Lorenzo del Escorial 2014, pp. 349-362. ISBN: 978-84-15659-24-2

Como vemos, el poeta intenta quitarle a la vida su peligroso hechizo. El ser humano no puede imaginar la eternidad. Así pues, todos deseamos poder morir bien, aunque lo que no queremos es *morir*. Pero eso no depende de nosotros. Cuando uno ve que se le va el tiempo, ya se le está haciendo tarde. Como decía *Lope de Vega* (y así vamos entrando en el mundo de los poetas):

*La vida es corta.
Viviendo, todo falta.
Muriendo, todo sobra.* (La Dorotea)

Hay pues, que vivir la muerte, ya que es parte de la vida. Los vivos no somos más que proyectos de cadáveres. Pero no os asustéis, hasta en la muerte puede haber belleza si sabemos vivirla. En el caserón de la vida tan alejada del espíritu, hay también poesía.

Es, pues, la muerte el acontecimiento más antiguo de la vida del hombre. Es el suceso, el accidente. La desaparición de los vivos, que es la nuestra prefigurada, nos llena de incertidumbre. Qué rara la relación con los muertos: no los dejamos marchar, no nos dejan olvidarlos. Parece que no se quieren marchar nunca.

Se lleva la muerte una parte de nosotros. La ausencia no parece tal si hablas con ellos. Construyes el mundo con ellos. Por eso, el arte, que es no olvidar el pasado y el aquí, siempre se ha ocupado de los muertos, en sus diferentes disciplinas, y sobre todo, en la poesía (que es la esencia del escribir). Para los mortales la vida siempre es previsible y todo está trazado antes de comenzar a andar. Pero el poeta es aquél que ya no está en el camino.

Como decía *Antonio Machado*: “*poesía es la palabra en el tiempo*”. Poesía es un hombre en la búsqueda de la belleza y así escribe sobre el injusto capricho de la muerte:

*Señor, ya me arrancaste lo que más quería
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar
Tu voluntad se hizo Señor, contra la mía
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

Para los poetas no es necesario que el objeto del destino exista para que se despierte emoción en nosotros. Pueden emocionarnos con una metáfora o cualquier otro recurso poético. La poesía es también contemplación. Y de esta contemplación de la vida surge todo tipo de poemas.

Vamos a ver ahora los autores que forman la cumbre de la poesía elegíaca española.

El primer autor del que voy a ocuparme es **Jorge Manrique**, que logró ser inmortal sólo con una elegía. Una meditación sobre el espectáculo de la muerte. Al igual que los verdaderos héroes, tuvo una vida gloriosa y corta (1440-1478). Adelantado al Renacimiento, escribió su poema sobre la fugacidad de la vida. Un tributo de piedad filial. Las **Coplas por la muerte de su padre** tienen momentos excelsos. Recuerda a los mejores pasajes de la Biblia. Nunca la lírica castellana llegó más alto. La obra consta de 39 poemas. Cada uno de ellos de dos sextillas de pie quebrado, que por **él** se conocen con el nombre de estrofas manriqueñas. Una de ellas, perteneciente al Poema I, habla sobre la brevedad de la vida:

*Recuerde el alma dormida,
avive el seso e despierte,
contemplando
cómo se passa la vida;
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el plazer;
cómo, después de acordado,
da dolor;
cómo, a nuestro parescer,
cualquier tiempo passado
fue mejor.*

Su estilo es senequista y en la modernidad, lorquiano, en **Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías**. En el Poema V (segunda sextilla), Manrique narra la jornada del hombre en la Tierra:

*Este mundo es el camino
para el otro, qu'es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.
Partimos cuando nascemos,
andamos mientras vivimos,
e llegamos
al tiempo que feneçemos;
assí que cuando morimos,
descansamos.*

Salía el sol de un idioma que iba a iluminar el mundo. Los españoles ya no se dirigían al Papa en latín, sino en la lengua de los frailes y labradores, como cuenta al final de la Copla XIV:

*Que a papas y emperadores
y prelados
así los trata la Muerte
como a los pobres pastores de ganados.*

Manrique hace el castellano mayor y libre. Las *Coplas* se escriben por un hecho conocido: la muerte del maestre don Rodrigo, su padre. Así pues, en Jorge Manrique el morir *era un morir y un se me murió*, por y para algo. La presencia del cadáver de su padre, todavía caliente, producirá en el hijo, *un ver lo que se va y lo que se queda*. El autor ve el engaño del vivir. Cómo los bienes temporales nos abandonan en cualquier momento. Y, aunque duren, los perdemos con la muerte.

En el Poema III, nos dice:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en el mar,
qu'es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
e consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
e más chicos
allegados, son iguales
los que viven por sus manos
e los ricos.*

Aunque las primeras *Coplas* son de meditación general sobre la fugacidad de la vida y la inestabilidad de las cosas del mundo, poco a poco (a partir del Poema XXV) todo lo personaliza en D. Rodrigo.

Manrique va de lo general a lo particular. Dispuestas así, las *Coplas* son un acierto de originalidad. Su poesía es moral y didáctica.

En los poetas, hay coincidencia de ideas. La idea de la muerte parece huir de aquél que la desea y ha inspirado versos admirables como los siguientes:

Comendador Escrivá (siglos XV y XVI)

A la muerte
*Ven, muerte tan escondida
 que no te sienta conmigo
 porque el gozo de ir contigo
 no me torne a dar la vida*

Cristóbal de Castillejo (1490-1550)

*Y la muerte, según creo
 de razón, no tardará,
 que casi venir la veo
 mas en ver que la deseo
 quizá se encarecerá.*

Quevedo sigue con la misma idea en esta redondilla:

*Muerto estoy, no hay que dudar;
 que aunque así me ven vivir,
 es que el gusto del morir
 me vuelve a resucitar.*

Hay pues, como iremos viendo, mucha literatura escrita sobre la muerte, que nos transmite un conocimiento más o menos estético. *La poesía* a través de las palabras perfecciona esta estética, conmueve, algo muy propio del arte “*crear emoción*”, algo que brota del mismo ser, que no le es añadido, que con los recursos de la palabra llega a esos lugares vacíos que los poetas rellenan con el lenguaje.

En la mística, *Santa Teresa (1515-1582)* en sus versos, nacidos del fuego del amor de Dios que en sí tenía, dice:

*Vivo sin vivir en mí,
 y tan alta vida espero,
 que muero porque no muero.*

GLOSA

*Aquesta divina unión,
 del amor con que yo vivo,
 hace a Dios ser mi cautivo,
 y libre mi corazón;
 mas causa en mí tal pasión*

*ver a Dios mi prisionero,
 que muero porque no muero.*

*¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
 ¡Qué duros estos destierros
 esta cárcel y estos hierros
 en que el alma está metida!
 Sólo esperar la salida
 me causa un dolor tan fiero,
 que muero porque no muero.*

*¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
do no se goza al Señor!
Y si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga;
quíteme Dios esta carga,
más pesada que el acero,
que muero porque no muero.*

*Sólo con la confianza
vivo de que he de morir;
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza:
muerte do el vivir se alcanza
no te tardes que te espero,
que muero porque no muero.*

*Mira que el amor es fuerte;
vida, no seas molesta;
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte;
venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,
que muero porque no muero.*

*Aquella vida de arriba
es la vida verdadera:
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva;
muerte no seas esquivia;
vivo muriendo primero,
que muero porque no muero.*

*Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios que vive en mí,
si no es perderte a ti,
para mejor a Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues a Él solo es al que quiero,
que muero porque no muero.*

*Estando ausente de ti
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
por ser mi mal tan entero,
que muero porque no muero.*

.....

La composición en quintillas o redondillas es un extenso poema sacro, como hemos visto, acabando cada estrofa con un pareado, siendo el último verso: “*que muero porque no muero*”. Su lenguaje es directo y coloquial. Un lenguaje de vida diaria y aunque poesía compuso poca, unos 40 poemas, su composición es bella aunque no superior a su prosa.

El elogio funeral ha tenido larga descendencia. Recordemos a **Lope de Vega**, que con su obra inabarcable (teatro, romances, sonetos mitológicos, rimas sacras, etc.) tiene sus sonetos a Amarilis, de amor y de muerte.

La poesía de Lope es clásica y romántica. Anticipo de la poesía venidera. **Es la poesía de la emoción**. Una torrentera de palabras. Un río generoso. Esa sinceridad y verdad que no encontramos en la época.

Amarilis (Marta de Nevares) muere a los 45 años. El Fénix cristalizó su dolor en varios poemas espléndidos. Su imagen de la **barquilla** como representación de los avatares de la existencia. **La vida como navegación**.

En sus sonetos habla del amor que no se olvida con la **muerte**. Cuando los amores son tan de veras que ni el morir los cura, ni el tiempo los remedia.

*Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa,
sin dejarme vivir, vive serena
aquella luz, que fue mi gloria y pena,
y me hace guerra, cuando en paz reposa.
Tan vivo está el jazmín, la pura rosa,
que, blandamente ardiendo en azucena,
me abrasa el alma de memorias llena:
ceniza de su fénix amorosa.
¡Oh! Memoria cruel de mis enojos!,
¿qué honor te puede dar mi sentimiento,
en polvo convertidos sus despojos?
Permíteme callar sólo un momento:
que ya no tienen lágrimas mis ojos,
ni concetos de amor mi pensamiento.*

Maravilloso final. El silencio como homenaje a la amada inmortal. **También el poeta ha muerto**. Tiene una maravillosa elegía a la muerte de su hijo Carlos Félix, donde habla de su dolor inmenso como padre y cuenta la infancia del hijo que murió niño y el distanciamiento entre el creyente y el padre.

No podemos dejar el Siglo de Oro sin nombrar al poeta por excelencia, **Francisco de Quevedo (1580-1645)**, con su inmensa obra. **Quevedo**, sin ningún adorno poético, da fuerza a algunos de sus poemas, como ocurre con este soneto:

*¡Ah de la vida!... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido;
las Horas mi locura las esconde.
¡Que sin poder saber cómo ni adónde
la salud y la edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.
Ayer se fue; mañana no ha llegado;
hoy se está yendo sin parar un punto;
soy un fue, y un será, y un es cansado.
En el hoy y mañana y ayer,
junto pañales y mortaja y he quedado
presentes sucesiones de difunto.*

Hay, pues, tanta poesía a los ausentes que podríamos hacer una charla interminable. Si con un gran salto pasamos al siglo XIX, tenemos al insuperable y nunca bien valorado *Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870)* con sus *Rimas*, el libro de poesía más leído de toda la literatura española. Bécquer es el poeta de la espiritualidad.

Sus *Cartas desde mi celda* son verdaderos poemas en prosa. Sus *Leyendas* renuevan la prosa de su tiempo. La obra de **Bécquer**, aunque breve, es esencial por su genio poético y la influencia que tuvo en la poesía española hasta la Generación del 27.

En una de sus Rimas, la LXXIII, habla de *la soledad de los muertos*:

*Cerraron sus ojos,
que aún tenía abiertos;
taparon su cara
con un blanco lienzo,
y unos sollozando,
otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.*

*La luz, que en un vaso
ardía en el suelo,
al muro arrojaba
la sombra del lecho;
y entre aquella sombra
veíase, a intervalos
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.*

*Despertaba el día,
y a su albor primero,
con sus mil ruidos
despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
de vida y misterio,
de luz y tinieblas,
medité un momento:
¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

*De la casa en hombros
lleváronla al templo
y en una capilla
dejaron el féretro.
Allí rodearon
sus pálidos restos
de amarillas velas
y de paños negros.*

*Al dar de las Ánimas
el toque postrero,
acabó una vieja
sus últimos rezos;
cruzó la ancha nave,
las puertas gimieron
y el santo recinto
quedóse desierto.*

*De un reloj se oía
compasado el péndulo,
y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto
todo se encontraba...
que pensé un momento:
¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

*De la alta campana
la lengua de hierro,
le dio volteando,
su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
amigos y deudos
cruzaron en fila,
formando el cortejo.*

*Del último asilo,
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho a un extremo.
Allí la acostaron,
tapáronle luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.*

*La piqueta al hombro,
el sepulturero
cantando entre dientes
se perdió a lo lejos.
La noche se entraba,*

*reinaba el silencio;
perdido en las sombras,
medité un momento:
¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

*En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a solas me acuerdo.*

*Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendida en el hueco,
¡acaso de frío
se hielan sus huesos!...*

.....
*¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al Cielo?
¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo*

*que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
al dejar tan tristes,
tan solos, los muertos!*

Bécquer hace del instante poético una caricia lingüística. Decía el poeta, que si morir es dormir, “quiero dormir en paz en la noche de la muerte, separar la claridad de las sombras y entrar en el mundo de la luz”. Eso será cuando separe el espíritu de la materia para remontarme a regiones más puras.

Hemos visto que el mundo, hasta el siglo XVII, estaba visto como fundamentalmente inmóvil desde la Edad Media. Hasta estas fechas el paraíso se situaba en el pasado (“*cualquier tiempo pasado fue mejor*”, decía Manrique). A partir del siglo XVIII cambia. Lo moderno puede ser tan bueno como lo antiguo. El paraíso se sitúa por primera vez en el futuro. Aparecen nuevos procedimientos poéticos. La instantaneidad del vivir. La individualidad. El poeta se queja de

Dios, le quiere vaciar de sus atributos, de su misericordia. Es una visión de Dios contraria a la nuestra, pero participamos de la existencia en el mundo del dolor y de la muerte.

Aquí tenemos la breve pieza de **José Luis Hidalgo**, cuatro versos alejandrinos:

*Has bajado a la tierra cuando nadie te oía
y has mirado a los vivos y contado a tus muertos
Señor: duermes sereno, ya cumpliste tu día.
Puedes cerrar los ojos, que tenías abiertos.*

A continuación entramos en la Generación del 27. Como poeta cumbre tenemos a **Federico García Lorca** (1898-1936). Su elegía más famosa es **Llanto por Ignacio Sánchez Mejías** (1935). Lo leyó Lorca en el escenario del Teatro Español. Se publicó en edición ilustrada, con dibujos de José Caballero. Es una composición con unas fuerzas elementales, tales como la sangre, el valor. Es pura pasión, estremecimiento trágico, sublime. **La faceta más oscura del ser humano: la muerte**. En este caso, la muerte de su gran amigo torero en la plaza de toros de Manzanares.

Lorca es un atraviesamuros, pues halla sin darse cuenta tránsitos o accesos inesperados a verdades desconocidas anteriormente.

En su Elegía hay cuatro partes diferenciadas: (1) La cogida y la muerte; (2) La sangre derramada; (3) Cuerpo presente; y (4) Alma ausente. En la segunda de ellas, recuerda a la copla XXVI de Jorge Manrique.

Otra obra de Lorca es **Muerte de Antoñito el Camborio**. Elegía también, pero más breve.

*Voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir.
Voces antiguas que cercan
voz de clavel varonil.
Las clavó sobre las botas
mordiscos de jabalí.
En la lucha daba saltos
jabonados de delfín.
Bañó con sangre enemiga
su corbata carmesí,
pero eran cuatro puñales
y tuvo que sucumbir.*

*Cuando las estrellas clavan
rejones al agua gris,
cuando los erales sueñan
verónicas de alhelí
voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir.
Antonio Torres Heredia,
Camborio de dura crin,
moreno de verde luna,
voz de clavel varonil:
¿Quién te ha quitado la vida
cerca del Guadalquivir?*

*Mis cuatro primos Heredias
hijos de Benamejí.
Lo que en otros no envidiaban
ya lo envidiaban en mí.
Zapatos color corinto,
medallones de marfil,
y este cutis amasado
con aceituna y jazmín.
¡Ay, Antoñito el Camborio,
digno de una Emperatriz!
Acuérdate de la Virgen
porque te vas a morir.
¡Ay, Federico García,
llama a la Guardia Civil!*

*Ya mi talle se ha quebrado
como caña de maíz.
Tres golpes de sangre tuvo
y se murió de perfil.
Viva moneda que nunca
se volverá a repetir.
Un ángel marchoso pone
su cabeza en un cojín.
Otros de rubor cansado,
encendieron un candil.
Y cuando los cuatro primos
llegan a Benamejí,
voces de muerte cesaron
cerca del Guadalquivir.*

Continuando en la época, tenemos la famosa *Elegía a Ramón Sijé* de *Miguel Hernández* (1910-1942). Escrita en tercetos endecasílabos, esta elegía es uno de sus poemas más famosos. Impone respeto como sincera efusión de dolor por la súbita muerte de un amigo muy querido. Trabaja en la composición la metáfora y el símbolo, pero en su poesía lo más importante es el interés humano.

*Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.
Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas
daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado
que por doler me duele hasta el aliento.
Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derrumbado.*

*Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.
No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.
En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes,
sedienta de catástrofes y hambrienta.
Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.*

*No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mis desventuras y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.
Ando sobre rastros de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.*

*Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.
Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera*

*de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.
Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irán a cada lado
disputando tus novias las abejas.
Tu corazón ya terciopelo ajado,*

*llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.*

*A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.*

EL DUELO

Lo que se queda para ir yéndose. Es un estremecimiento ante un sentir dolorido de la existencia, que está transformándose en esencia.

La naturaleza ha preparado en el hombre sistemas de seguridad que permiten soportar la muerte de un ser querido: padre, madre, amante, etc.

El arte en general, y la literatura sobre todo, son armas poderosas contra el dolor. Se crean personajes para soportar tus penas, si no te destruyen.

La belleza de unos versos te consuelan. Incluso algo tan tradicional como un velatorio puede proporcionar alivio.

La soledad cuando es tan grande no cabe dentro de la palabra soledades. Y uno no puede imaginar si no ha estado ahí, en el dolor del duelo.

Veamos una estrofa perfecta de Lope de Vega. El dolor puede ser calificado de cósmico. Lope ofrece una agudísima expresión de dolor en estos versos:

*No quedó sin llorar pájaro en nido,
pez en el agua, ni en el monte fiera,
flor que a su pie debiese haber nacido
cuando fue de sus prados primavera;
lloró cuanto es amor, hasta el olvido
a amar volvió porque llorar pudiera,
y es la locura de mi amor tan fuerte,
que pienso que lloró también la muerte.*

Pero no hay genoma humano que haya previsto la muerte de un hijo. Eso es el desorden.

La muerte de un hijo es la punta más elevada de toda tragedia. Para eso hay que pensar en la crucifixión de Cristo y el patético llanto de María sobre el cuerpo sin vida de su Hijo.

VIDA (Cuaderno de Nueva York, 1998), José Hierro (1922-2002)

*Después de todo, todo ha sido nada,
a pesar de que un día lo fue todo.
Después de nada, o después de todo
supe que todo no era más que nada.*

*Grito “¡Todo!”, y el eco dice “¡Nada!”.
Grito “¡Nada!”, y el eco dice “¡Todo!”.
Ahora sé que la nada lo era todo
y todo era ceniza de la nada*

*No queda nada de lo que fue nada.
(Era ilusión lo que creía todo
y que, en definitiva, era la nada).*

*Qué más da que la nada fuera nada
si más nada será, después de todo,
después de tanto todo para nada.*

